

de la opulencia y de la serenidad de su tierra. Sus bueyes eran escogidos por su tamaño, sus cuernos y su blancura para los sacrificios; sus innumerables palomas de alas azules, como teñidas en el mar, consagradas á Vénus, cubren ahora los bosques y las fuentes de la isla, enterneciéndolos con su amoroso arrullo.

La riqueza industrial era igual á la riqueza vegetal. Entre sus peñas se ocultan piedras preciosas, tales como el jaspero, el cristal de roca, el ópalo, el amianto. Minas de cobre, metal consagrado á Vénus, sin duda á causa de su origen, se explotaban desde los tiempos mas remotos. Pantanos salados, en los que deja el mar al retirarse una cristalización blanca semejante á la nieve, suministran á la isla y á los continentes inmediatos la sal de Chipre.

X

Su historia, como la de los países codiciados por los conquistadores, y muy enervados por una civilización prematura, el Egipto, la Grecia, la Siria, la Italia, estaba llena de vicisitudes y de catástrofes.

Nueve tiranos, servidos por un ejército de delatores, la regian en sus primeros tiempos históricos. Mujeres esclavas, que tocaban instrumentos y á quienes se llamaban las *lisongeras*, debian embriagar sus sentidos é inspirarles la languidez que produce la música afeminada. Los Egipcios la habian conquistado de los fenicios, los persas de los egipcios, los griegos de los persas; despues habia pertenecido á Alejandro, luego á los romanos, representados por Caton; devastada por los judíos en tiempo de Trajano, habia caido á fines del séptimo siglo de nuestra era, en poder de los árabes; Balduino, rey cruzado de Jerusalén, y Ricardo, rey de Inglaterra, se la habia arrebatado á los árabes; el último la habia dado en fianza á los templarios, frailes espoliadores y tiranos que devastaban y esclavizaban los pueblos en nombre del que murió en la cruz por emanciparlos; despues se la cedió á Guy de Lusignan, en cambio de la corona de Jerusalén; mas tarde, los genoveses, compradores y vendedores de reinos, la habian adquirido pagándola á los sucesores de Guy. Los mamelucos de Egipto la reunieron con su precaria posesion; los venecianos habian penetrado en ella á la sombra del comercio.

Una veneciana, Catalina Cornara, se habia casado con el último soberano nominal de la isla, heredero

de los cruzados. Los agentes de la república de Venecia, habiendó envenenado á este rey y al hijo que habia tenido de Catalina Cornara, la viuda habia sido declarada hija de la república, y con este título habia dado á su vez el reino á Venecia, su madre. En pago de esta munificencia voluntaria ó forzosa, el senado de Venecia fabricó un magnífico sepulcro para Catalina Cornara en la iglesia de San Salvador, y proclamó á esta viuda patrona de la república.

La isla, aunque trastornada y despoblada por tantas revoluciones interiores y tantas conquistas, habia recobrado con el gobierno, la proteccion y el comercio marítimo de la república, una prosperidad agrícola é industrial, que la habian elevado á la primera colonia del Occidente sobre las fronteras del Asia. Era para los venecianos lo que es hoy Cuba para los españoles. La república tenia allí tropas y escuadras. Su capital Nicosia, situada en el corazon de la isla, sus principales ciudades marítimas, Famagustes y Larnaca, sus puertos fortificados con todo el arte de los ingenieros europeos y con toda la prodigalidad de la mas rica república militar del Occidente eran baluartes comparables á los de Rodas, Malta y Belgrado, por tanto tiempo inexpugnables para los otomanos.

Dandolo, con el título de proveedor, gobernaba

inhábilmente la isla de Chipre. Hector Baglioni, noble veneciano, mandaba las tropas, Bragadino defendia á Famagustes; el número de sus soldados, que no excedia de siete mil venecianos, exigia que se parapetaran detrás de sus murallas y al abrigo de sus buques.

XI

El seraskier, que tenia cien mil combatientes en sus cuatrocientos bajeles, desembarcó sin obstáculo con esta multitud y la artillería en la playa desnuda de Limasol, en la punta de la isla que hace frente al mar de Rodas. El capitan bajá Pialé, volviendo otra vez á tomar el largo, bogó durante el estío entre Rodas, Chipre y Satalia, para atacar toda escuadra veneciana que procedente del Adriático navegase hácia la colonia bloqueada.

Lala-Mustafá era novicio en el arte de la guerra, Pialé lo excitaba á atacar á Famagustes ántes que á Nicosia, para no dejar una ciudad y un ejército enemigo entre el mar y el suyo mientras asediase la ca-

pital. Enorgullecido con sus numerosas huestes, el seraskier despreció este prudente consejo y marchó con sus cien mil hombres sobre Nicosia. Los habitantes de toda la isla, inundada por este torrente de turcos indisciplinados, al mando de un general bárbaro, se replegó á la capital, á las gargantas y á las mesetas inaccesibles del Olimpo.

Nicosia, punto mal escogido para capital de un reino marítimo, estaba situada sobre una colina en el centro de la isla.

Su desmesurada extension, relativamente al número de sus habitantes, la exponia á los ataques del enemigo en una circunferencia de tres mil pasos. Mas que una ciudad fuerte era una ciudad santa. Trescientas sesenta iglesias ó monasterios atestiguan la supersticion de los reyes de Jerusalén y de los frailes griegos, que dominaban á la sazón el Oriente. Los venecianos, mas previsores, habian destruido ochenta de estas iglesias y conventos para construir bastiones con sus materiales.

Una poblacion de cien mil almas, y diez mil soldados venecianos, cipriotas, italianos, y albaneses, al servicio de Venecia, se hallaban dentro de los muros de esta capital. Con terror pero sin flaqueza, vieron á Lala-Mustafá, que habia llegado al pié de las colinas, distribuir y plantar sus tiendas, establecer sus bate-

rias, y repartir sus cien mil soldados al rededor de sus fortificaciones.

Seis semanas de sitio y cinco asaltos rechazados habian reanimado sus esperanzas: miraban todas las mañanas desde los campanarios si los bajeles prometidos por la república aparecian en el horizonte de Rodas ó Candía. Solo vieron las cuatrocientas velas del capitan-bajá acercarse á la playa de Limasol y desembarcar un refuerzo de veinte mil turcos para aumentar las tropas del seraskier.

La llegada de estos veinte mil hombres al campo de Mustafá fué la señal de un nuevo asalto general. Este era el 9 de setiembre de 1570. Antes del amanecer treinta mil genizaros habian tomado á fuerza de gente, los principales bastiones de la ciudad. Los mas bravos oficiales habian perecido bajo el sable ó por las balas de los turcos. El proveedor Dandolo, el arzobispo, el clero y los principales magistrados se habian refugiado en el palacio del gobernador, cuyas murallas vacilaban bajo los tiros próximos de los vencedores. Los primeros parlamentarios cipriotas que habian avanzado hácia las brechas, pidiendo gracia ó capitulacion, caian acribillados sin otra respuesta que la metralla y la muerte. El pérfido Dervish-bajá habia pasado sobre sus cuerpos á la cabeza de una columna de seis mil genizaros y de seis ca-

ñones que hundian las puertas del palacio. Se habia apoderado de un monje italiano y le habia encargado ir á que ofreciese á los sitiados del castillo la vida y el honor, con obligacion de que cesara el fuego de su artillería.

El monje volvió con la capitulacion firmada en las manos. Dervish-bajá y sus soldados lanzándose por la puerta abierta al monje, rompieron la capitulacion y pasaron á cuchillo á los venecianos : el mismo proveedor Dandolo cayó bajo el sable de Dervish-bajá. Su sangre al ménos lavó su afrenta.

Las mujeres, refugiadas en los terrados del palacio. Combatieron hasta la muerte, en medio del humo y las llamas, que empezaban á quemar sus vestidos. Las madres, ántes de precipitarse de lo alto de las almenas daban de puñaladas á sus hijas por salvar al ménos la libertad y la castidad de estas vírgenes de la servidumbre y de la liviandad de los soldados. Una de ellas ahogó á su hijo, niño de una belleza extraordinaria. No, « exclamó ella, clavándole un cuchillo en el pecho, tú no sufrirás como esclavo las brutalidades de nuestros verdugos. » Ella se hirió inmediatamente sobre el cuerpo del niño. Veinte mil cadáveres de hombres, mujeres y niños precipitados de las ventanas y de los terrados de las casas forzadas ó incendiadas ensangrentaron en al-

gunas horas las calles de Nicosia. Dos bajeles de los turcos, que estaban anclados en la rada para recojer los despojos, se hundieron bajo el peso de los esclavos, muebles y tesoros amontonados por los vencedores sobre sus embarcaciones. Se evalua en millones de ducados el oro acumulado por los venecianos en las iglesias y en los palacios de Nicosia.

El heroismo de una mujer griega, embarcada en el bajel almirante para ser conducida como esclava á Constantinopla, triunfó de la codicia del vencedor.

En el momento en que los buques de la escuadra, sobrecargados y amontonados los unos contra los otros en la estrecha rada, levaban sus anclas, cuando las llamas de la ciudad incendiada alumbraban por la última vez las costas de su patria, esta mujer se lanzó con una antorcha en la mano, sobre el puente, prendió fuego á las velas tendidas del navío, para pe-
recer al ménos vengando su religion y su raza. La llama animada por el viento de tierra y por la explosion de los cañones y de la polvora, corrió de un navío á otro obligando á los marineros á precipitarse desde los puentes al mar para librarse de esta inextinguible hoguera. El navío del gran visir y otros tres de guerra volaron en pedazos de fuego sobre la rada por la explosion de sus almacenes de pólvora ; el resto se quemó y zozobró lentamente por la noche,

sumergiéndolo en el mar á las mujeres y las hijas nobles de la isla, encadenadas sobre los puentes.

El tesoro de la república embarcado sobre estos navíos, en cequíes de Venecia, fué tragado con estos cadáveres por las olas. Los buzos turcos se esforzaron en vano para seguirle á las profundidades del mar. Las olas del de Chipre se amontonan desde aquella noche sobre los esqueletos encallados de las embarcaciones que encubren el precio de tantos crímenes perdidos. Se conoce el lugar; se ven de tiempo en tiempo subir á la superficie de la rada algunos indicios de este gran naufragio, separados por las tempestades de las quillas de los navíos; pero no se han podido hasta ahora sondear sus flancos para arrancar sus riquezas.

En nuestros días aventureros ingleses, por el renombre de estos tesoros, han ofrecido á los turcos partirlos con ellos, obligándose á sacarlos de las olas á sus expensas; pero el mar parece que se niega á dar á los hombres el precio de tantas maldades y tanta sangre.

XII

Lala-Mustafá, embriagado con su triunfo, envió delante de él la cabeza cortada del proveedor Dándolo, á Bragadino, comandante de Famagustes, segunda capital de la isla, para requerirle por el terror, que abriese la ciudad.

Bragadino tenia en su corazón el valor desesperado de todo un pueblo, y en su intrepidez la salvación de Chipre, si el senado de Venecia hubiese secundado dignamente á su general. Los ciento veinte mil soldados de Mustafá y las innumerables velas de Pialé no hicieron mas que exaltar su heroísmo al nivel de los peligros. El otoño y el invierno vieron los asaltos inútiles de Mustafá estrellarse contra las murallas pulverizadas, pero siempre reparadas, de Famagustes.

Chipre, confiado en su héroe, oyó muchas veces por la parte de Rodas las cañones de las flotas de Venecia que trataban de abrirse paso á través de las del capitán-baja. Dos mil defensores enviados de la Dalmacia, y mil quinientos de Candia, llegaron á

forzar la rada de Famagustes y á introducir refuerzos, víveres y municiones en la ciudad.

Selim impaciente, y el gran visir irritado maldecían la lentitud del sitio. Lala-Mustafá, humillado, les enviaba las cabezas de los generales y de los almirantes á quienes atribuía su oprobio. Cuarenta mil mineros nuevos y soldados pasaron en la primavera de la costa de Caramania á la de Chipre. Las peñas de Famagustes agujereadas por cien mil brazos, abrieron á los turcos trincheras tan grandes y profundas que los soldados de caballería podían pasar bajo sus bóvedas. Baterías de ochenta cañones, cuyo calibre igualaba al de los que habían arrasado á Constantinopla y Rodas, vomitaban noche y día trozos de granito contra las murallas.

Bragadino resolvió sepultarse bajo los escombros, é hizo para ello salir de la ciudad á todos los habitantes que consumían los víveres de la guarnición. Este pueblo estenuado de hambre se presentó un día delante de los turcos en ademan suplicante; los generales otomanos, condolidos de tanta miseria, los dejaron dispersarse para proporcionarse su subsistencia en las poblaciones griegas de la isla.

Bragadino, dueño de sus acciones, vió impunemente las minas de los turcos estallar una á una bajo sus murallas. Cada brecha abierta en sus muros

se convertía en tumba de los sitiadores; cañones fundidos á su vista reemplazaban á las piedras; el estrecho recinto de Famagustes no presentaba por todos lados mas que bocas de fuego. El jefe había comunicado á sus diez mil soldados el mismo ardor. Las lejanas señales de las galeras de Venecia, que veían de tiempo en tiempo sobre el mar de Candía, les prometían una cercana libertad; pero esta esperanza se desvanecía todos los días. Las murallas se desplomaban hasta los cimientos en los fosos; los venecianos cercados en el segundo recinto construido de tierra, aguardaban que nuevas minas subterráneas, cuyos trabajos oían bajo sus piés, los enterrarán en un sepulcro de fuego. Por su parte no tenían pólvora mas que para tres días. Lo que iban á entregar á los otomanos era un monton de tierra, teñido de sangre.

Parecía que los otomanos se compadecían de tanto y tan inútil heroísmo. Se abrieron negociaciones sobre la brecha; el kiaya del seraskier y el de los genízaros entraron con una bandera blanca en la plaza y se quedaron en rehenes para seguridad de los parlamentarios venecianos. Dos nobles de Venecia fueron bajo estos auspicios á la tienda de Lala-Mustafá y fueron recibidos con los honores debidos á su valor. El seraskier les hizo sentar en un divan; el capitán-

bajá los invitó á un festin de paz. Una capitulacion aseguró á Bragadino y á sus tropas sus vidas, armas y propiedades junto con las de los habitantes que quisieran quedarse en la isla, sometidos á la dominacion del sultan, y buques para trasladar los demás á Candía. Tres dias bastaron para evacuar Famagustes y embarcar las tropas venecianas sobre bajeles, á excepcion de los oficiales superiores que presidian en tierra el despacho de los correos, y el embarco de los soldados.

El tercer dia por la tarde Bragadino fué á las tiendas del seraskier para despedirse del bajá, y entregarle las llaves de la desierta ciudad. Acompañaba al general, Luis Martinengo, ingeniero muy instruido, que habia dirigido la defensa, Baglioni, Quirini, nobles venecianos y cuarenta soldados escogidos de su escolta. Montado sobre el último caballo, que quedó vivo, vestido con el traje de púrpura del senado de Venecia, y haciendo llevar á un moro, el quita-sol encarnado, insignia de la autoridad suprema de un gobernador de plaza, Bragadino avanzaba con confianza hácia las tiendas, siendo mirado con respeto por los vencedores. La recepcion de Lala-Mustafá fué digna, y la conversacion amistosa; pero este disimulo ocultaba la venganza.

Lala-Mustafá no perdonaba al heroe el haber retar-

dado quince meses su triunfo y comprometido en Constantinopla su crédito y tal vez su cabeza. Quería disculparse con Selim, con un derramamiento de sangre. Algunos historiadores de la catástrofe de Chipre dan por motivo de la perfidia de Lala-Mustafá, la infame pasion que nació en su alma al aspecto del jóven Antonio Guirini, bello adolescente de una figura femenina, que acompañaba á Bragadino en esta audiencia. La brutalidad de algunos otomanos corrompidos, desde la conquista de Constantinopla, por los vicios desnaturalizados de los griegos, no justifica bastante esta suposicion. La exigencia inesperada y tenáz del seraskier la explica.

« ¿Qué garantía me darás tú? » dijo á Bragadino dispuesto á retirarse, de « que los bajeles otomanos « que yo te presto para llevarte á Candía con tus « soldados no serán retenidos por la república? — « La capitulacion, » respondió Bragadino admirado, « no menciona mas que mi palabra. ¡Y bien! re- « plicó el seraskier, yo exijo que me dejes en re- « nes ese jóven que me agrada guardar, y que me « responderá con su cabeza de vuestra fidelidad. »

Bragadino se ruborizó y se indignó de una cobardía propuesta tan odiosamente á un hombre que preferia hacia dos años la gloria y el honor á la vida. La conferencia se envenenó con recriminaciones é inju-

rias. Lala-Mustafá reprochó con razon á los venecianos de Famagustes el haber inmolado el año anterior, en completa paz, cincuenta peregrinos musulmanes, arrojados por la tempestad á su isla y sacrificados por los cristianos. Este recuerdo verdadero y demasiado sangriento pareció pedir á su furor atroces represalias; mandó á los verdugos cortar la cabeza á Antonio Guirini, causa inocente del altercado, á Martinengo y á Baglioni. Sus cabezas rodaron en el momento por la alfombra.

Los crímenes de Bragadino exigian suplicios mas lentos. Mustafá le hizo cortar las narices y las orejas, y mandó que se le condujese asi mutilado sobre el navío almirante de Rodas. Allí con un refinado suplicio provocado, dicen los historiadores otomanos, por igual impuesto á los prisioneros turcos bajo el gobierno de Bragadino, fué izado en las vergas, sumerjido desde esta horca, en el mar, sacado y sumerjido nuevamente, escarneciendo el sentimiento de su prolongada agonía.

Llevado á la costa seis dias despues, colocaron sobre sus espaldas un yugo cargado con dos cestas de piedras, que le hicieron llevar á los bastiones de la ciudad, con el objeto de que levantase en beneficio de los turcos los muros que habia defendido contra ellos. Cada vez que pasaba delante del seraskier pre-

sente á su ignominia, Bragadino era obligado á prosternarse ante su verdugo; en fin, conducido á la plaza, el desgraciado general de Venecia fué atado en frente de la puerta de su palacio al poste en que azotaban á los esclavos y en él fué desollado vivo. «¿Donde está tu Cristo? le decian burlándose los «verdugos,» ¿porqué no lo llamas en tu socorro? El impasible mártir no apartó el pensamiento de Dios para responderles y continuó recitando en alta voz el salmo, *tened piedad de mí, Señor*. Cuando llegó al versículo en que el salmista entrega su alma á Dios, espiró.

Este suplicio de ocho dias no satisfizo todavía la ferocidad de Mustafá. Hizo descuartizar el cuerpo de Bragadino, y exponer uno de sus cuatro miembros en cada uno de los cuatro bastiones de Famagustes. Su piel llena de heno y colocada por desprecio sobre el lomo de una vaca, fué paseada por la ciudad y por el campo, vuelta á colgar en la verga de una galera, y embalada despues en una caja de ciprés con las cabezas del mismo Bragadino, de Martinengo, de Baglioni y de Guirini, fué enviada en presente á Selim por su indigno preceptor. El maniquí cubierto con la piel del campeón de Chipre expuesto en Constantinopla en el baño de los esclavos cristianos, fué robado por la piedad de los esclavos venecianos y

restituido con sus huesos al senado de su patria, donde los restos del héroe reposan en una urna de mármol, bajo las bóvedas del Panteon veneciano de San Juan y de San Pablo.

Los crímenes contra la lealtad, contra la humanidad, y contra la naturaleza, del feroz preceptor del sultan, se perdieron entre los crímenes políticos y religiosos que consternaban en aquel siglo sanguinario á la Europa y al Asia; en aquel siglo, Ivan el Terrible, martirizaba sus súbditos en Rusia con torturas atroces que sobrepujaban á las de Neron; Cárlos IX en Francia disponia piadosamente la San-Barthelemy; los vencedores de la fortaleza de Wittenstein, defendida valientemente, atravesaban al comandante, prisionero de guerra, con el hierro de una lanza, y lo asaban á fuego lento en medio de los aplausos del ejército; los españoles instituian con la inquisicion un tribunal que pretendia purificar la fé con las hogueras. El choque de las razas, de las religiones, de los cismas, de las armas habia endurecido el corazon de la humanidad, y no dejaba á la historia por toda justicia mas que la execracion de estas maldades.

XIII

Lala-Mustafá, este Torquemada de Chipre, no dejó con vida entre todos los héroes defensores de Famagustes mas que á Enrique Martinengo, sobrino del ilustre ingeniero de este nombre. Lo mutilaron en lugar de matarle, y lo condenaron á servir como esclavo y como eunuco en el palacio del gran visir.

Asi cayó bajo la dominacion otomana este delicioso reino de Chipre que la naturaleza y los conquistadores parecian querer disputarse tantos siglos hacia; el uno para hacerlo el jardin del Oriente, los otros para convertirlo en sepulcro de su floreciente poblacion. Los otomanos no sacaron de esta conquista mas que orgullo para sus armas y aborrecimiento por su crueldad. Bajo su mala administracion esta isla no se restableció jamás de este desastre. Los venecianos perdieron con ella la mas próspera de sus colonias; los turcos no ganaron mas que una tierra esterilizada y una poblacion agotada por la guerra, arruinada para todo el mundo, y de la cual solo heredó la soledad.

Esta conquista habia costado cincuenta mil hombres á los vencedores, quinientos mil á los vencidos. Este reino del que los romanos habian hecho homenaje á las reinas de Egipto Arsinoé y Cleopatra, vino á ser una propiedad de los grandes visires; sus productos fueron mas tarde agregados á la casa de las sultanas Validé, madres de los soberanos reinantes. Un imperio fué el patrimonio de una esclava privilegiada del serrallo.

XIV

La caida de Chipre y el martirio de sus defensores resonaron en Europa. La barbarie de Lala-Mustafá encendió de nuevo el aborrecimiento nacional y religioso contra los musulmanes; el papa, gefe nacional de la cristiandad, fomentó con sus esfuerzos una liga de las marinas italiana, española y francesa para vengar la derrota y la sangre derramada de Chipre. El gran visir Sokolli la presintió y la evitó. Estaba mas inquieto que contento con el ascendiente que la expedicion de Chipre habia dado en el serrallo á Lala-Mustafá, su enemigo secreto. Él habia confiado

mas en sus reversés que en su triunfo, y trató de hacer á Lala-Mustafá ménos necesario, rebajándolo y reconciliando inmediatamente el imperio con la república de Venecia.

La Francia le pareció la potencia mas interesada en disolver una coalicion cristiana que no podia aprovechar políticamente mas que á la casa de Austria. Encargó al embajador de Francia que fuese á Paris á proponer al rey si queria ser árbitro de la paz entre los venecianos y los otomanos. Este embajador fué invitado por Sokolli á pasar por Venecia para hacer indirectamente al senado, las primeras insinuaciones de paz con la república, bajo la mediacion de su córte.

Pesaba mas en el senado el ascendiente de una coalicion naval del Occidente en el Mediterráneo, que odio contra los turcos. Dióse priesa á enviar un embajador confidencial á Constantinopla para empezar las negociaciones. Este enviado, Jacobo Ragazzoni, conferenciaba secretamente con el gran visir en Constantinopla, interin el legado del papa, Colonna, conferenciaba en Venecia con el senado para hacer entrar á la república en la coalicion contra los turcos.

La Francia y el gran visir no tuvieron tiempo para prevenir los esfuerzos del papa, de la España y del Austria en Venecia. El grito popular contra la devas-

tacion de Chipre triunfó de la política sospechosa del senado; la liga católica fué firmada : á fines de 1571 entre la España, el papa y Venecia, para humillar el poder otomano en el Levante.

El armamento general fué fijado en cien navíos, doscientas galeras, cincuenta mil hombres de desembarco, y cinco mil de caballería. El rey de España como el mas fuerte y mas celoso, se encargó de la mitad de los gastos de la guerra, Venecia de una tercera parte, el papa de la sexta; el generalísimo debia ser nombrado por España. Mesina, en Sicilia, era el puerto de la coalicion y el punto de partida de los confederados. Una misa solemne celebrada con toda la pompa militar y religiosa de la época selló la confederacion.

El embajador de Francia, pasando por Venecia, al volver á Constantinopla, intentó en vano separarla de una alianza con potencias cuyo móvil principal era mas bien el de dominar en sus propios mares, que el deseo de vengar á la república. Los políticos comprendieron al embajador, pero el pueblo no escuchó mas que á los predicadores de la cruzada. Esta es la vez decimatercia que la presencia de los turcos en Europa sublevó contra ellos el Occidente.

El Godofredo de Bouillon de esta tercera cruzada parecia haber sido formado por la naturaleza, por la

política y por la gloria para ser el alma, el genio y el brazo de esta coalicion. Este es el último de los caballeros del Occidente que, por su nacimiento, aventuras y heroismo, se parece al héroe de la fábula, del romance ó de la poesia. Este generalísimo de la cruzada naval, era D. Juan de Austria. Habia un velo acerca de su origen, que la historia acaba apenas de levantar.

XV

Carlos V no solo tenia el genio, sino el corazon tambien de un grande hombre, sediento de gloria y de amor. Seis años despues de haber muerto su mujer á quien habia amado fielmente, y cuya memoria idolatraba, se apoderó de él una de esas tristezas que deja vacío en los corazones por la ausencia eterna de las personas que se han amado, vacío que no puede ser llenado mas que por la religion y por el amor; estos dos extremos del alma. Mas tarde, otro acceso de melancolia le hizo sentir el mismo vacío en la posesion de la monarquía universal, y renunciar al trono para dedicarse á la contemplacion en el monasterio de San Yuste.

Cuando residia en 1545 en Ratisbona, y gobernaba